

El Santuario y el nuevo tipo de familia

Ficha 7

B. La gracia de la transformación

1. El bautismo, punto de partida de toda transformación

I. Introducción:

Estamos viendo cómo las tres gracias que la Mater nos regala desde el Santuario, a través de la alianza de amor tienen por finalidad ayudarnos a forjar *un nuevo tipo de familia*. Hasta ahora, hemos estudiado la *gracia del cobijamiento*. A través de ella, la Mater nos ayuda a comprender lo que es un *hogar*, porque nos regala un hogar en el Santuario, como símbolo de su corazón y del corazón de Dios, que es nuestro hogar pleno y definitivo. También nos ayuda a descubrir lo que significa ser *madre* y ser *padre*, porque nos regala, en forma extraordinaria, su propio amor de Madre y nos permite descubrir el rostro de Dios como un rostro de Padre, modelo de toda paternidad humana. Finalmente, haciendo nuestro corazón semejante al de Cristo, nos enseña a ser hijos y hermanos, y nos ayuda a descubrir lo que es vivir en familia, tanto en la Familia de Schoenstatt como en la gran Familia que es la Iglesia.

Todo esto nos produce gran alegría; sentimos que no estamos solos, que tenemos, tanto en el cielo como en la tierra, personas que nos acogen, que nos aman y nos apoyan. Pero ese amor que recibimos nos pide responder con amor. Y nos damos cuenta que amar nos cuesta. Para ser buenos padres, madres, hijos o hermanos, hay mucho que *cambiar* en nuestro corazón.

Objetivo de esta reunión:

Ahora iniciaremos el estudio de la segunda gracia del Santuario: la *gracia de la transformación*.

Es justamente la gracia que nos ayudará a hacer ese cambio que necesitamos, a remover los obstáculos que nos impiden crecer en el amor. Esto no es posible sin esfuerzos de nuestra parte, sin un serio esfuerzo de auto-educación o de auto-santificación. Porque *educarse para amar es educarse para la santidad*. La gracia de la transformación nos ayudará en ese esfuerzo.

En esta reunión, veremos cómo esta necesidad de luchar por transformarnos y santificarnos no es algo propio de Schoenstatt. *Es una exigencia que proviene del bautismo y que vale para todo cristiano*. También el día de nuestro bautismo recibimos la gracia para iniciar ya esa transformación.

II. Desarrollo del tema

1. El bautismo y la alianza de amor.

Si comparamos la vida cristiana con una plantita, entonces tenemos que decir que el bautismo es como la semilla o la raíz a partir de la cual ella se desarrolla entera. Todas las fuerzas que necesitamos para que nuestro amor crezca y llegue, un día, a ser como el de Cristo, están contenidas en germen en el bautismo, así como el roble entero está oculto en el

granito del cual crece. Todas las exigencias de transformación, que nos va a pedir nuestro crecimiento en el amor, y todas las gracias que para ello necesitamos, también parten de allí. Todo lo que viene después del bautismo, sea la Primera Comunión, la confesión, la confirmación, todo lo que podamos recibir a través de otros sacramentos o del estudio de la Biblia, o de nuestras oraciones, etc., todo eso no será más que un desarrollo de esa vida de amor, de esas exigencias y de esas gracias de transformación que ya estaban contenidas en nuestro bautismo. Todo parte del bautismo y, después de él, no viene nada que sea enteramente nuevo.

Por eso, tampoco nuestra alianza de amor es algo enteramente nuevo. Las gracias que trae y las exigencias de transformación que nos pone, también estaban contenidas ya en nuestro bautismo. Por eso, el P. Kentenich define la alianza de amor en Schoenstatt como una renovación original del bautismo. Es renovación, porque quiere ayudarnos a reemprender nuevamente algo que ya comenzamos el día del bautismo. Es original, porque esta renovación es hecha por medio de María, en un lugar determinado, nuestro Santuario, y al servicio de la misión concreta que Schoenstatt tiene dentro de la Iglesia.

2. La necesidad de esforzarnos por transformar nuestra vida.

La necesidad de esforzarnos por transformar nuestra vida para poder amar con un amor como el de Cristo, también brota del bautismo. A través de él recibimos la vida de Dios, que es una vida de amor y, por lo mismo, una vida santa. Si Dios nos dio esa vida es para que la hagamos crecer en nosotros: para que crezcamos en amor y en santidad. El Concilio Vaticano II ha recordado esto con fuerza: no sólo los sacerdotes o los religiosos, sino todos los cristianos, desde el día de su bautismo, están llamados a ser santos, a llevar una vida de amor. Por eso, los primeros cristianos se llamaban unos a otros con ese nombre: “santo”, no tanto porque ya lo fueran sino para recordar cuál era su meta. Por eso, no debemos pensar que es Schoenstatt el que nos está poniendo metas demasiado altas. La santificación de nuestra vida, el esfuerzo por transformarnos para poder llevar una vida de amor, es una exigencia del bautismo. Lo difícil, por lo tanto, no es ser un buen schoenstatiano: lo difícil es ser buen cristiano. Schoenstatt más bien es un medio para facilitarnos el cumplimiento de las exigencias de bautismo. Por eso, si no llegamos a ser santos, Dios no nos va a echar en cara el haber sido malos schoenstatianos sino, en primer lugar, el no haber tomado en serio nuestro compromiso bautismal, el no haber sabido cultivar y desarrollar la vida santo que él nos regaló ese día.

3. ¿Y cómo nos ayuda la alianza de amor a cumplir con las exigencias del bautismo?

Hemos comparado la vida cristiana con una plantita que debe producir frutos de amor y de santidad. El bautismo es como la semilla que ya contiene todo lo que será esa plantita. Pero toda semilla necesita de un ambiente propicio para crecer, de una tierra húmeda y nutritiva. La alianza nos da esa tierra; por ella, esa plantita de nuestra vida cristiana es trasplantada al Santuario, al corazón de la Mater. Y regada por ese mismo corazón que dio su sangre al corazón de Cristo, nuestra plantita tendrá fuerzas para producir los mismos frutos de santidad y amor que Cristo.

Así, la alianza de amor posibilita un máximo desarrollo de esas fuerzas de transformación que recibimos mediante el bautismo. Además, así como todo el ambiente en que crece una plantita influye en su color o tamaño, la alianza de amor nos permitirá desarrollar una

santidad y una manera de amar de tipo mariano. Es decir, nos transformará según el modelo de María, para que podamos ayudarla a cumplir su gran misión para nuestro tiempo.

4. La alianza de amor schoenstatiana es, por lo tanto, una renovación original del bautismo, que nos ayuda a desarrollar al máximo la vida santa recibida por él, en un estilo mariano. ¿Pero qué es propiamente el bautismo y cuáles son sus efectos?

“Bautismo” viene de la palabra griega “*baptizo*”, que significa “*sumergir*” y recuerda la forma primitiva en que se hacía el bautismo (sumergiendo en un río o una fuente). Según el Señor, el bautismo es un *nuevo nacimiento* (Jn 3,1-8), mediante el cual se nos concede una *vida nueva* (la semilla de que hablamos), que es nada menos que la misma vida santísima de Dios. Al recibir esa vida de amor, nos convertimos en *hijos de Dios* (1Jn 3,1) y en *templos de su Espíritu* (1Co 3, 16-17) o *santuarios vivos de Dios*. Toso esto nos concede una dignidad infinita, pues pasamos a ser miembros de una “raza escogida, de reyes y sacerdotes, miembros de una nación santa... pueblo de Dios” (1Pe 2,9-10). Nos convertimos en herederos del cielo, el Reino del amor. Y por eso quedamos obligados a amar como Dios ama (Jn 13,34) y a ser santos como él es santo (1Pe 1,15).

Todo lo anterior se produce en el bautismo, a través de Cristo. Por él nos llega toda la vida de Dios. *El bautismo es una alianza de amor con Dios a través de Cristo*. Por el bautismo somos como injertados en él (Rm 6,5). Entre él y nosotros se establece una unión misteriosa: pasamos a ser *miembros de Cristo* y miembros de la Iglesia, que es como un Cuerpo que prolonga el cuerpo personal de Cristo (1Co 12, 12-31), ya que es su mismo Espíritu el que lo anima. Porque Cristo es Hijo de Dios, lo somos nosotros. Porque él es rey, profeta y sacerdote, igual dignidad recibimos nosotros (simbolizada en el crisma o aceite bautismal). Porque él es heredero del cielo, pasamos a serlo nosotros. San Pablo resume esta fusión total con Cristo diciendo que, por el bautismo, los cristianos somos sepultados con Cristo, para morir con él al pecado, y somos resucitados con Cristo a una vida nueva, de amor y santidad. (Rm 6, 1-11)

El bautismo ha sido, por lo tanto, el gran momento de nuestra vida. Fue para cada uno lo que la Anunciación fue para la Mater: el instante en que Cristo comenzó a vivir en nosotros-. Produjo un cambio en nosotros mayor que el de nuestro nacimiento humano. Por eso hay cristianos que celebran su aniversario de bautismo en lugar de su cumpleaños.

5. Todo el ideal de transformación o de santidad cristiana está resumido en esa frase de san Pablo: “Muertes con Cristo al pecado”, que es lo que impide amar, y “resucitados con Cristo a una vida nueva”, que es vida de amor. Todos nuestros esfuerzos apuntan a eso: a liberarnos del pecado para poder abrirnos cada vez más a la vida de amor de Dios. Por lo mismo, podemos resumir el ideal al cual todo bautizado debe aspirar como el de un hombre *libre del pecado y lleno de Dios y de su vida de amor*.

5. Si miramos hacia la historia de Schoenstatt, veremos que, desde un comienzo, éste fue el ideal que la iluminó. En su primera charla a los jóvenes, el Acta de Prefundación, del 27 de octubre de 1912, el P. Kentenich resume su programa de la siguiente manera: “Bajo la protección de María queremos aprender a educarnos a nosotros mismos, *para llegar a ser personalidades recias, libres y sacerdotales*”. El P. Kentenich ha dicho después que, en este programa, estaba en germen todo Schoenstatt. Por *personalidades recias*, quería decir hombres capaces de tomar en serio los ideales y exigencias del bautismo. Por *personalidades libres*, entendía la libertad de que habla san Pablo: la libertad del mal y del pecado, que

impiden amar. Por *personalidades sacerdotales*, entendía personalidades llenas de Dios, personalidades sobrenaturales.

Conclusión:

Al sellar la alianza de amor y decidimos a transformar nuestra vida mediante un serio esfuerzo de autosantificación, los schoenstatianos no estamos haciendo nada “extra”. Simplemente, estamos tratando de cumplir, con la ayuda de la Mater, un compromiso que ya contrajimos el día de nuestro bautismo. Todos los bautizados deberían hacer lo mismo. Pero pocos toman el peso al compromiso que tienes. Porque lo contrajeron cuando niños pequeños y nadie suplo explicarles después lo que significaba. La Mater nos ayudará a nosotros a vivirlo bien, como debemos.

III. Preguntas para la reflexión:

1. ¿Qué relación tiene nuestra alianza de amor con el bautismo?
2. ¿De qué manera original nos ayuda nuestra alianza de amor a vivir mejor el bautismo?
3. ¿Cuáles son los efectos del bautismo y cuál me importa más?
4. ¿He tomado en serio mi bautismo?
5. ¿Cuál fue el programa del Acta de Prefundación y qué relación tiene con los ideales que no señala el bautismo?